

En el cielo no cabían las estrellas, y en las indecisas crestas de la sierra que limita el horizonte, parecían despeñarse en guirnaldas, en cadenas, á puñados, cual si la solemne bóveda azul, cansada de esa riqueza, en inconsiderado arranque de pródigo se hubiera puesto á derramar astros y astros en esta sabana, pensativa, silenciosa y grave.

Percibíanse perfumes simples de flores salvajes y de hojas silvestres; rumor de follajes de árboles; latidos de perros distantes; y como una nota de plata, cuando Máximo nos dió la bienvenida abrazándonos, se escuchó el argentino reír de su hijito, un precioso diablillo de cabellos de oro, que huyó para ocultarse de nosotros.

La morada, pobre, con pobreza de artista: un cuadro — retrato? . . . — al óleo, pendiente del muro, y en el suelo la estera rota; junto á un mueble fino, que parece escritorio mujeril, mi mecedora renqueaba; un florero de porcelana con violetas, mustias por el hálito de la noche tibia que se entraba en la casita.

Nos presentó á su esposa. Bella costarricense con la que ha casado por amor y contra las oposiciones que se lo atajaban; toda una historia sentimental que sus amigos cuentan y que él jamás menciona; boda de poeta, é idilio que él hace perdurar en el apartamento, no obstante las censuras de parientes y bienintencionados, los que por lo general sólo sirven para amargar nuestras vidas, ya de suyo harto amargas.

Su hijito—que mucho me recuerda al mío,—se nos acercó, ya humanizado con nuestro aspecto de intrusos,

y Máximo se olvidó de nosotros, lo alzaba en vilo, nos enumeraba sus gracias, comíaselo á besos. . .

Después, hablamos de lo único de que podíamos hablar, de literatura, de nuestros libros, de los ajenos, de lo que de bueno y malo dicen los críticos. . .

Y como todo tiene término, lo tuvo nuestra visita con el estruendo que originó en la pastoril quietud de las afueras, la llegada del carruaje que iba á recogerlos. Al salir, nos conmovió un espectáculo bien sencillo: la iluminación eléctrica del vecino pueblo de Heredia, al otro lado de la Sabana y casi frente á frente de la casita de Máximo. Los focos amontonados por la distancia, y aun así abarcando regular extensión, simulaban joya fantástica ó el sumidero por el que desaparecieran los astros que continuaban cayendo del cielo! . . .

Montamos en el carruaje; Máximo, de pie en el umbral de sus dominios, daba á su hijito la una mano y con la otra estrechaba el talle de su esposa. Apuntando al mismo espectáculo, nos gritó:

—¡Vean la *rivière* de diamantes que le tengo prometida á ésta, para cuando sésmoa ricos. . .

¡Para cuando sea rico! . . . ¿Y cuándo hemos de serlo los que en nuestra América adolecemos de la manía literaria? . . . Enriquécense, y pronto, los que en todas latitudes hánse enriquecido: los gobernantes malos y aun los medianejos; sus brigadas respectivas de paniaguados; más, los extranjeros analfabetas y nunca los sabios; aquéllos, en América encuentran amplios campos ya rozados de sangre de revoluciones y apatías indígenas con prodromos de incurables! . . .

F. GAMBOA

Vicente Acosta lanzó un terno sonoro y yo escupí en el aire, á la legión de los que así se enriquecen.

El camino por donde nos llevó el carruaje era sencillamente espantoso, arrabales de ciudad pequeña y pobre. Vicente y yo entramos en muda, posesionado cada cual de un ventanillo.

Seguía yo pensando en Máximo, á quien en uno de sus dos tomos de «*Cartas Americanas*» ha juzgado ya el teatral maestro-escritor D. Juan Valera; seguía yo pensando que Máximo es bastante conocido, en Centroamérica sobre todo; que ya tiene obra más ó menos perfecta, pero obra al fin; sus primeros «*Poemas y Rimas*» han alcanzado la segunda edición; los cuentos y semblanzas que él bautizó de «*Dijes y Bronces*,» asegura que se han agotado; posee tres novelas: «*El Ideal*,» «*El Problema*» y «*Catalina*,» de ciento cincuenta á doscientas páginas cada una, y lleva publicadas diversas poesías, un poema «*Amores Trágicos*,» y un estudio «*De las Coquetas*» algo más que discreto. Pues, sin embargo, ahí lo tienen ustedes, soterrado, viviendo como se puede; un sueldo flaco por la dirección de la Biblioteca Nacional, un artículo en este diario ó en aquella revista, que con trabajo liquidan á sus colaboradores, y su puesto principal, Cónsul de la República de Guatemala, su patria, antes le quita que le da.

Entristécame considerar que todas sus independencias de artista luchador no den al traste, si, como me lo temo por algo que le he oído, se embarranca Máximo en la política sanguinaria de alguno de estos países crueles.

MI DIARIO

20 DE ENERO.—Almuerzo de fisonomía curiosa con el que nos brinda la compañía del ferrocarril en construcción al Pacífico. Seríamos unos cuarenta comensales, Mr. Merry, Justo A. Facio, Ricardo Pacheco, que es Ministro de Fomento y de la Gobernación, representantes de casi todos los periódicos costarricenses, dos ó tres norteamericanos de viso y particulares eminentes.

Hasta determinado punto del camino fuimos en ferrocarril, muy cerca del alto puente bajo el cual divisábase la mesa aderezada en el fondo de la sima.

Con trabajos grandísimos realizamos el descenso, asiéndonos los unos á los otros, hincando en la tierra nuestros bastones y amparados de tres ó cuatro negrazos formidables (ingleses jamaiqueños empleados en las obras) que reían de nuestras torpezas é inseguridades y lucían al reír sus dentaduras iguales á mazorcas de maíz tierno, dentro de sus inconmensurables bocas abiertas.

El almuerzo resultó debajo de ese gigante de hierro desarticulado á trechos; flotaba un peligro improbable, pero posible, de que la grúa se desprendiera ó uno de tantos músculos de acero en paciente espera del martillo ó cincho que para muchos años lo aprisione, se nos cayera encima; había nervios y tendones del puente que amenazantes oscilaban. . .

A la hora de los brindis pitó una locomotora encima de nuestras cabezas asustadas, allá, arriba, en el puente inconcluso. Fué una broma ferrocarrilera: mientras comíamos y sin que lo advirtiéramos, afianzaron los carriles del primer tramo y nos soltaron á la máquina, la que veíase tan alta, que hasta se antojaba inofensiva; y cuen-

ta que desde donde la veíamos azorados, bien que se advertían sus entrañas ígneas y las brasas que asomaban por parrillas y ceniceros. . .

22 DE ENERO.—Comunicame Facio que á la vuelta de nuestra proyectada jira á Puerto Limón, el Gobierno ofrecerá un gran banquete, por mí principalmente, y que si ello no ha de figurar en las invitaciones, débese á que yo he venido como encargado de negocios, y Reyes y Merry son ministros plenipotenciarios.

—Pero en el brindis-ofertorio,—me agrega,—he de procurar una rectificación. . .

Gran serenata frente á nuestros balcones, esta noche, dada por la banda militar, en obsequio á Francisco Reyes, Plenipotenciario del Salvador.

Tuvimos muchas visitas.

Incidente desagradable: por galantería á mí, después de que la banda ejecutó el himno del Salvador, ordenáronle que tocara el mexicano, y la mísera se arrancó con *The Star Spangled Banner*. . .

Silencio en todos y polar indiferencia en mi individuo.

Facio reprochóme en broma mi insensibilidad hacia la música patria, y cuando lo saqué de su error y le demostré que lo que me habían servido era música de los Estados Unidos, su furor no reconoció límites, ordenó que al director de la banda me lo encerraran en un calabozo.

El pobre diablo, que lucía aspecto de buen filarmóni-

co, se nos presentó todo confuso, con este argumento concluyente:

—«Cuando me hice cargo de la dirección de la banda, me entregaron por inventario los himnos americanos rotulados uno por uno, y juro á ustedes que hasta el día de hoy los músicos y yo hemos tenido por único y genuino himno mexicano el que acabamos de tocar» . . .

El argumento poderoso, todavía aumentó la iracundia del buen Facio, que no se apeaba de su macho:

—A este me lo deben encerrar.

Por supuesto que la orden no se llevó á efecto y mi querido director lleno de compunción y de propósitos de enmienda, se retiró dándose por compurgado con el sofoco.

23 DE ENERO.—Segunda gran serenata frente á nuestros balcones, desde las ocho hasta las doce. Esta vez en obsequio mío, digo, en obsequio del representante de México. Y á fe que mi himno, el legítimo, lo tocaron maravillosamente, quién sabe si en prenda de gratitud del director de la banda, sano, salvo y libre junto á su atril—desde el que me saludó con extremado respeto,—ó en prueba de arrepentimiento por su ignorancia acerca de cuál era la sonata sacra de mi tierra.

¡Y yo, que no supe nunca escuchar sereno esa música, mucho menos cuando la tocan por mí, (según tantas veces la han tocado en este viaje inolvidable,) no pude impedir que unas cuantas lágrimas se me saltaran con las notas bélicas y dulcísimas que se remontaban á la altura; que resucitaban á mi madre, la santa y la fuerte;

á él, mi viejo, el general herido, el honrado sin tacha, el vencido de la vida y de la suerte, acabando en la pobreza y en el olvido; que me acercaban á mi hijo, ídolo y objeto de mi existir, sin duda á esta hora adormecido en el regazo de mi mujer, la que esta misma tarde me ha teleografiado su frase diaria, la frase que aprendió á decirme desde novia:

—«Vuelve pronto! . . .»

Entre los concurrentes que asistieron á la serenata, había una señora europea, de sospechosa conducta y cautivante físico, á quien prodigué—¡maldita costumbre ésta de cortejar al otro sexo!—una porción de galanterías. Sin inmodestia ni jactancia, el asunto marchaba á pedir de boca, pues no hacía yo otra cosa sino pedir y pedir lo que todos pedimos á la fragilidad femenina; con los labios, los que de honrados nos la damos; con procedimientos tortuosos, los que de moralistas y honestos alardean hipócritamente, y con el pensamiento, lo que dentro de los claustros de piedra ó dentro de los claustros aún más recios de la voluntad, piden los castos y los justos. . .

Pero advertí una extraña inquietud en la hija que acompañaba á la señora,—una encantadora rubia de 14 á 15 años que ya no era la chiquilla y todavía no era la mujer,—al escuchar alguna palabra mía ó de Vicente Acosta, de interpretación equívoca. Sin comprender á las derechas su significado, pero sí comprendiendo que era palabra indebida, de las que injurian y ruborizan, de las que suplican lo que no debe suplicarse delante de una hija, rompió de pronto á llorar sin censurarnos nada, re-

fugiándose en su madre que resistía sonriente el bombardeo; y yo adiviné Dios sabe cuántas negruras dentro de su temperamento asustadizo de virgen.

Era una *Ivette*; la *Ivette* admirable de Guy de Maupassant, que no podía dejar de querer á su madre aunque ésta fuera ligera y casquivana, y que, cuando creció, poseyendo su propio pudor y el pudor que debiera de haber poseído la otra, llegó hasta sacrificarse, hasta perder á su novio y su idilio, hasta ahogarse por las faltas de la mujer que había amado tanto. . .

Y porque á esta *Ivette* de hoy no le ocurra, por mi culpa á lo menos, lo que á la de Maupassant, recogí velas y me recogí yo mismo, arrepentido de mi mala acción frustrada.

24 DE ENERO.—En tren especial, con música y *buffet* á bordo, diversos miembros del Gobierno costarricense, varios particulares de distinción y nosotros, partimos la mañana de hoy rumbo al Puerto Limón, situado sobre el mar Caribe ó de las Antillas.

Doce horas interesantes de continuo caminar dentro de esta zona tórrida, lujuriente y enfermiza. En las cercanías del puerto, sobre todo, era tal la cantidad de bananeros, que el aroma del plátano embalsamaba los aires, y las hojas de esos árboles, cayendo y mezclándose hasta lo inverosímil, llegaron á engendrarme la idea de que me hallaba prisionero en el bosque inmenso, y que ni el tren mismo, á pesar de su furioso empuje, era bastante á abrir brecha en la oliente muralla de oro.

Casi me alegré de que al fin aquello se abriera de sú-

bito, como decoración de teatro que invisibles manos gigantes rasgaran por su mitad, y me fuera permitido ver á alguna distancia el mar infinito, con sus espumas, sus ondas y sus tumbos; con sus azules, sus verdes y sus blancos; con una vela que otra, pequeñísima, y con su horizonte amplio, amplio, ilimitado, saturado de fósforo, de luz y de perfumes extraños. . .

¡Bravo por el excelso Artista!

Durante el largo camino, observé alarmante abundancia de negros pululando á entrambos lados de la vía, en las estaciones, los campos, los caseríos cercanos y distantes, que regocijaban mi vista por estar formados estos últimos de características y rientes habitaciones de madera: su fondo rojo ó café; las persianas claras; los techos, de pizarra y en declive, con chimeneas empenachadas de humo plumizo y ágil; los *belvederes* y *verandahs* albeando de limpios, colgados de hamacas, manchados de mecedoras con moñas ó lazos en sus respaldos; las casas de madera que los ingleses y americanos de los Estados Unidos siembran y avientan por donde quiera que moran y por donde quiera que ambulan, vale decir, por el mundo entero.

Porque todos esos negros eran ingleses, de Jamaica, y americanos, del Sur de los Estados Unidos, de la Louisiana, de la Florida y del *Old Kentucky*. Y allí estaban, trabajando, viviendo con sus mujeres, con sus chiquillos, con sus *banjos* entre cuyas cuerdas dormita el *home* que ellos saben evocar en su canto monorrítmico y tristísimo, aunque ningún hogar posean en la tierra nativa; allí estaban su *whiskey*, su pipa y sus músculos férreos de ra-

za fuerte que no ha de extinguirse nunca, que sobrevivirá quizá más que las otras, para sojuzgarlas y absorberlas; allí estaban inundando de ébano las privilegiadas y admirables sabanas tropicales, empapadas de sol, desde el Principio.

Bien que los ví: en la labor, el hombre, descubierto su busto de bronce oxidado, que el sudor estriaba barnizándolo como con pátina especial, y de lejos á lo menos, sin afearlo ni volverlo asqueroso.

Véía yo al hombre en la labor ó meciéndose en la hamaca ó leyendo y dormitando en las pajizas *rocking-chairs* que se movían lenta y perezosamente para compensar de las recientes fatigas al rayo de este sol inhumano de puro humanitario.

A la mujer, veíasela doblada sobre las hortalizas, en los liliputienses sembrados que, sin acusar las amputaciones, deslindaban á las rientes casas de madera, humeantes y fingiendo apartados centinelas que todo lo desafiaran, sin cesar en su vigilancia de cuidar lo que les pertenece.

Los mocosos, desnudos y sin embargo castos por ser negros (diríase que aun necesitarían pelarse la piel para quedar indecentes), divagaban á modo de tiernos gorilas, entre juegos y gritos.

Y cuando pasó el tren, altivo y sonoro, los hombres divisábanlo con afectuosa confianza; ellos herraron la vía y armaron los puentes y lucharon con el clima, con el idioma, con las fieras, con las alimañas venenosas; sonreíanle desde su asiento y desde su hamaca; desde los surcos, firmemente enclavados en la tierra en que han ido quedando y multiplicándose. . .

Las mujeres, pesadamente, se enderezaban en todo su volumen de hembras fecundas, de buenos y mansos animales primitivos; las manos, descansando en sus extensas ancas de paridoras incansables; oscilantes bajos sus corpiños, las disformes ubres hechas para amamantar glotonas bocas de muchachos toscos y sanos, y no para alegrar vistas ni tactos de amantes exquisitos que en el seno de la mujer blanca y harmónica admiran una de las más grandes bellezas que es dable admirar. También sonreían al tren: ellas parieron á los constructores; ellas viven con los hombres fuertes que las fecundan y que las harán parir por los siglos de los siglos más hombres fuertes, más trabajadores resistentes que hayan de seguir construyendo ferrocarriles, sin curarse de clima, de latitudes, de fieras y de alimañas.

Allí estaba la obra de ellas: los racimos de negros pequeños que reían casi estúpidamente de tanto abrir sus bocazas, que nos saludaban con sombreros rotos y guturales gruñidos ingleses, que se encaramaban en las cercas y trepaban en las plataformas inmóviles, con agilidad de simios incontables y vivaces. . .

Y el cuadro fué de mayor á menor: azul, el cielo; verde, el campo; de oro, los plataneros; la región, inundada de ébano purificado por lo blanco de tantos ojos que nos miraban, por lo blanco de las dentaduras de tantas getas que se reían. . .

De pensar que la invasión negra es un serio peligro, apenas si me fijé en el camino, que es bello, sí, pero sin nada extraordinario en el panorama ni en la construcción.

¿Qué camino de hierro no es más ó menos bello en nuestra montuosa América?

Arribo á Puerto Limón, al atardecer. ¡Qué cierto es el axioma de que «todo es la mitad de su duplo!» En la pequeñez é insignificancia de casi todos los puertecillos centroamericanos, Puerto Limón viene á ser un Liverpool formidable; hay en sus muelles dos ó tres vapores de la United Fruit Co., de Nueva Orleans, que cargan ó descargan bananos; hay un buen hotel, un bello parque minúsculo, un grato paseo en la playa y animado comercio.

Persisten el diluvio de negros y las habitaciones de madera.

Revestidas del grotesco estiramiento propio de los habitantes de poblaciones cortas, nos recibieron las autoridades locales dándonos habitaciones no malas y muy bien de comer. Anunciáronnos para mañana en la noche un baile en el salón del mismo hotel.

Salimos á hacer la digestión en las calles de esta Liverpool centroamericana, que por el calor tomaríasela más bien por la prolongación del Congo. Se respira fuego.

No carece de animación la localidad, míranse varios cafés *convenables*, sus mesitas al aire libre, sus camareros limpios; en uno de esos cafés apuramos hasta media docena de refrescos cuajados de hielo.

Provistos de abanicos que compramos al pasar por una tienda china, coronamos la noche yendo á asomarnos á un baile público, cuyos concurrentes contemplaban estupefactos tamaña colección de ministros nacionales y extranjeros.

F. GAMBOA

25 DE ENERO. —La mañana en los muelles, amenazados de un magnífico almuerzo que devoramos al mediodía en punto.

Sólo una nota cruel: muchos brindis.

Poco antes de la puesta del sol, en escuadrilla de botes, tuvimos un paseo muy agradable por el mar. Llegamos hasta un islote frontero al puerto.

—¿Isla qué. . . ?

Hay en ella pocas habitaciones y muchos cocos.

Después de la comida, al baile, muy concurrido por los de Puerto Limón y por golpe de colombianos—célibes y casados,—que han emigrado á Costa Rica huyendo de las *dulzuras* del gobierno católico de su país. La reina del baile es una bogotana bellísima.

Yo bailé tres piezas y subí á mudarme cuatro camisas; aquello no era baile, era una licuefacción. A punto de escurrirme hasta mi cuarto y dormir antes que continuar en la *ardorosa* fiesta, hube de detenerme sin embargo para cumplir la promesa que tenía yo hecha al transformista de la Presa.

Toda una historia.

Desde nuestra llegada á San José supimos que había una compañía de verso, y á ella asociado, el joven de la Presa. Este muchacho, quiso la casualidad que habitara en el hotel que me cobijaba, pared de por medio con el saloncito privado donde yo recibía, y por la vecindad, enteréme de dos cosas: de que vivía con su padre—señor maduro, de lengua barba y musulmana actitud,—y de que se gastaba una querida, no fea, con quien regañaba veintiséis horas de las veinticuatro del día. Entre

MI DIARIO

disgusto y altercado, él estudiaba su violín, sin desagradar á los que le quedábamos inmediatos; hacíalo con maestría y con intermitencias, pues á la mejor, estallaba una riña, enmudecía el instrumento y escuchábase la voz del padre del artista—única ocasión en que yo la oía,—intentando el avenimiento, alcanzado casi siempre.

Hasta que por conducto de Meneses no me significó Presa que le urgía hablarme á solas, no habíamos pasado de una inclinación de cabeza al tropezarnos por escaleras y pasillos.

Y me habló. *Déche* tremebunda; explotado por la compañía de verso, que tampoco descansa en lecho más mullido; extrema urgencia de abandonar Costa Rica é ir á probar fortuna en mejores países, los Estados Unidos, la República Argentina.

—«O su país de usted, (*por México,*) que hace años anhelo conocer. . . »

Pero no era dueño un real y deseaba que interponiendo yo mi influjo para con este Gobierno (¡hum! ¡hum!), le procurara pasajes libres de la capital á Puerto Limón y de Puerto Limón á Nueva York.

El muchacho no me era antipático, al contrario; y luego, que no puedo, está probado que no puedo negar nada á gente de teatro. De antemano los quiero y de antemano me conformo con la ingratitud que, es regla general, gasten para con los que los sirven. De consiguiente, le ofrecí que me interesaría por su salida.

Y aquella misma noche nos cayeron dos actores de la tal compañía de verso á proponernos cosa idéntica á Re-

yes y á mí: toda la compañía había menester de pasajes libres!! . . .

Como uno de los solicitantes fuera Ernesto Valero, que en el estreno y demás representaciones de mi «Última Campaña,» en el teatro Principal de México, por el 94, hizo de *Abogado Ismael Caramillo*, mi empeño en conseguirles lo que querían fué mayor.

Obtuvimos para gran parte de ellos pases libres hasta Puerto Limón únicamente, figurando entre los favorecidos de la Presa y sus gentes, quienes apresuráronse á marcharse en seguida.

—Ya en Puerto Limón, Dios dirá! . . .—me dijo el violinista.

Cuando me retiraba yo á medio baile me aconsejó Meneses que iniciara una subscripción á favor de la Presa, preso aún en tierra costarricense, y no por falta de vapor que de ella lo aparte, sino por falta de monises con que emprender la marcha. En pleno sarao llevé á cabo la subscripción y la verdad es que reuní algunos duros, los que el pobre artista recibió de mis manos, conmovido. Para ahorrarme sus agradecimientos, violenté mi encierro y subí á acostarme y á batirme infructuosamente contra el calor y los mosquitos de mi cuarto.

20 DE ENERO.—Regreso á San José, donde nos espera para esta noche el banquete con que va á obsequiarme el Presidente Iglesias.

Aunque el viaje es dirigido por el mismísimo Ministro de Fomento, quien ordenó que nuestro tren especial marchara á todo vapor y con vía libre, á pesar de ello su-

frimos dos ó tres trastornos en el camino y hemos llegado con notable retraso, recompensado, sin embargo, con las amabilidades y atenciones que no han cesado de prodigársenos.

Mientras vestíame en mi cuarto, apareció Justo A. Facio:

—Lea mi brindis, Federico, y prepare su respuesta. . .

—¿Prepararme? ni por pienso. ¿Quién prepara discursos en unos cuantos minutos? Diré lo que buenamente salga, que con este viaje temo parar en orador, con h.

El banquete fué abajo, en el *restaurant* del hotel.

De setenta á setenta y cinco comensales; orquesta en el interior del edificio y banda militar en las afueras, *menú* escogido y caldos auténticos. Declaración de justicia: frente á la cultura de buen tono de la reunión, me afirmé en lo que he venido notando en diversos detalles: que la supremacía de la cultura centroamericana radica en esta diminuta y civilizada República de Costa Rica, pésele á quien le pesare.

A los postres, Justo A. Facio, á vueltas de lo que no he cesado de escuchar en mi jira: ditirambos para el General Díaz, galanterías para México—¡tan admirado en estas sus vecinas latitudes!—terminó su brindis con el siguiente párrafo:

« . . . Esta demostración, pues, es hija, señores, del sentimiento de fraternal simpatía que nos inspira el Pueblo Mexicano, del aprecio muy alto que tenemos á su esclarecido Jefe y del deseo de ofrecer al honorable señor Gamboa, su representante, un testimonio de la particular estimación que él merece.»

F. GAMBOA

Contesté yo *comme de rigueur* y el capitán Merry, en nombre de la Gran República, vertió un acendrado amor de ella para todos los países hispanos del Continente
¡Los Estados Unidos nos aman!

Oremus.

27 DE ENERO.—Función de gala en el precioso teatro de San José, con estreno de un drama de autor nacional, el joven poeta Pacheco Cooper, y en las localidades del teatro, lo mejor de la sociedad.

El Presidente nos invitó á su palco y llevó su atención al grado de concurrir con su familia.

¡Qué teatro tan bello! ¡Qué ganas de cargar con él en mis baúles, mañana, y remitirlo á México donde buena falta que nos hace para lucirlo! Su *foyer* y su salón para señoras, nada dejarían que desear en ninguna parte.

El drama de Pacheco Cooper, no de lo mejor, igual á casi todos los intentos de nuestros dramaturgos en Hispanoamérica, ráfagas aquí y allá, esperanzas de que lleguen á serlo por completo, andando el tiempo.

Sin embargo, obsequiámoslo con una corona.

Baile en el club.

El Presidente Iglesias en *vrai gentil homme* dirigía la fiesta.

Reyes y yo, modestamente, y por no faltar á las hábitos contraídos en El Salvador, salimos del baile cuando ya era amanecido.

28 DE ENERO.—Rumbo á Puntarenas, donde habré de embarcarme para Corinto de Nicaragua.

MI DIARIO

Hasta Alajuela me acompañaron Reyes y Vicente Acosta; allí nos despedimos, despedida sinceramente triste.

El Gobierno Costarricense puso á mi disposición carruaje y caballos. ¿Cómo deseaba yo viajar? . . .

—De las dos maneras, con tal de que cuanto antes me pusieran á bordo.

No hay idea de la ferocidad con que la fiebre amarilla estaba asolando esas regiones, desde Alajuela hasta Puntarenas; baste saber que á guisa de medida de salud, por orden de las autoridades se mandó incendiar predios enteros con semovientes y todo!! El Presidente Iglesias, al despedirnos ayer, me dijo con cierta gracia:

—«Ay, Gamboa, ¡qué diera yo por poder mandarlo á usted en globo! . . .

¡Bah! Si el vómito no me atrapó en El Salvador, ¿por qué había de atraparme aquí? . . . y si me diera, ¿por qué había de matarme? . . .

Al soslayo examiné á Meneses y lo hallé dormitando plácida y tranquilamente, con la cabeza apoyada en el testero del carruaje que nos sacudía.

Procuré yo hacer otro tanto, mas los tumbos impidieronmelo.

El camino era tan hermoso y se hallaba tan inundado de sol, que preferí dar suelta á «la loca de la casa» y echarme á filosofar á mis anchas. El representante del Gobierno de Costa Rica que había de acompañarme hasta á bordo, era D. Enrique Montealegre, chico de humor excelente y alto empleado en el ramo de Fomento, que prefirió recorrer todo el trayecto, caballero en una.

F. GAMBOA

mula episcopal por lo magnífica. Iba yo, pues, completamente á solas con mis recuerdos y con mis pensamientos.

—¡Arrea, cochero! . . .

Desde luego, por ser lo más inmediato, llamó mi atención un prosaismo: la cuenta enorme que me dispararon en el hotel Imperial, ¡caracoles!, mil y pico de pesos plata por una veintena de días, se me antoja excesivo! Y el antojo sube de punto por la comparación con lo que acaba de acaecerme á este respecto en El Salvador, donde me decretaron huésped del Estado, y, literalmente, no consintieron que yo pagara ni los cigarrillos. . . Después, pensé en mi próximo arribo á Nicaragua, país del que me han dicho sólo horrores desde Guatemala; y pensé también en lo probable que sería un fracaso para la misión pacificadora é internacional que me ha lanzado por estos andurriales.

Añada usted que es Nicaragua un país excesivamente ardiente, colmado de animales ponzoñosos, toda una fauna fantástica, pequeña, invisible, traicionera y homicida.

¡Qué climas, santo cielo, qué climas y qué tierras!

Almuerzo en Atenas.

Dormimos en mi ya conocida posada de San Mateo.

29 DE ENERO.—Madrugada y caminata á caballo, hasta Esparta; de allí á Puntarenas, en ferrocarril.

Puntarenas. Adiós á Costa Rica; salgo de ella á bordo del vapor americano que lleva su nombre.

MI DIARIO

1º DE FEBRERO.—Nicaragua.

Apenas echamos anclas hoy, en cuanto hubo claridad suficiente en este abrigado y primoroso puerto de Corinto, cuando notamos desde á bordo inusitado movimiento en tierra y en el buquecito de guerra *Momotombo*, que nos quedaba muy inmediato.

—*It is for you, Mister Minister*—me declaró el rubicundo y jovial capitán del *Costa Rica*,—*they were anxious to have you*. . .

Conforme aclaró el día, nos percatamos de que en tierra y en el *Momotombo* había mucho maniobrar de soldados, mucho redoble de tambores y toque de cornetas. Vimos que izaban el pabellón nicaragüense; llegábonsos fragmentos de música militar, el himno nacional, sin duda. . . Y con anteojos, descubrimos en la playa banderas, flámulas y gallardetes que ondeaban en los aires sobre mástiles engalanados de flores. . .

A las seis y media, una falúa empavezada atracó á la escala del *Costa Rica*; el capitán y la oficialidad bajaron al portalón á recibir á los recién venidos que eran, el comandante del Puerto, el capitán del *Momotombo* y algunos oficiales. Todos iban en pos de mí; presentaciones, saludos, conatos de discursos, general *shake-hands*.

—Cuando el señor Ministro lo disponga. . .

—A las órdenes de ustedes, señores. . .

Transbordo á la falúa. Los bogas empuñaron los remos y comenzaron á remar á «la generala,» pausadamente; el comandante se quitó su sombrero, hizo con él una señal en el vacío, y del *Momotombo* dispararon una salva en mi honor de veintiún cañonazos, que retumbaron for-

midablemente dentro de la abrigada y plácida bahía. Me descubrí y puse en pie para corresponder á la cortesía, sólo lamentando que el número de disparos anduviera equivocado, pues si tantos me correspondieran, ya sería yo embajador ó nuncio.

Saltamos á tierra. Toques marciales, presentación de armas, lento caminar hasta el hotel, siempre descubiertos, no obstante que mi calva protestaba contra el golpe de fuego que la abrasaba.

En el hotel, más presentaciones; campanileo telefónico avisando á Managua mi desembarco sin novedad y mi propósito de pernoctar en la capital hoy mismo; aparecimiento de una bandeja con innúmeras copas de coñac y de champaña. Eran las ocho de la mañana.

—El tren está listo, señor Ministro. . .

—Pues al tren, mi estimado amigo! . . .

Arrancó el tren y para amenizar el trayecto volvió á aparecer la bandeja con copas.

El camino, una delicia, cuajado de flores, de árboles, de lianas estrangulando á éstos ó pendientes de sus ramas á modo de víboras adormecidas—un camino análogo á todos los de la hechicera tierra centroamericana.

Chinandega. Detúvose el tren y en el acto fué invadido por una porción de caballeros; las autoridades, el Ayuntamiento en masa, muchos particulares de suposición.

Forzoso apeadero, el Ayuntamiento tenía preparado un refresco.

Felicítome de ello, casi iba sofocado, ¡mire usted que

éste es calor! Y bajamos al andén, y el aspecto de la «histórica» ciudad de Chinandega (¿por qué histórica?..) era de fiesta. Habían levantado arcos, enflorado los suelos, colocado flámulas á entrambos lados del camino. Millares de cohetes saludaban mi presencia; hubo vivas á México, apiñamiento de multitud y la banda tocó el himno de Nicaragua.

—¡Al Cabildo! ¡Al Cabildo! . . .

Al Cabildo—distante algunas cuadras que á mí figuráronseme interminables,—enderezamos nuestros pasos en lenta y ruidosa procesión, sobre arenal candente, bajo los rayos de un sol capaz de derretir todos los hielos del Artico y del Antártico.

El Cabildo, más enflorado aún que las calles, con sombra bienhechora, que casi podía paladearse; sin metáfora, era una sombra que sabía á recompensa y premio.

El Cabildo, no de lo mejor, que como edificio apenas si lo es, y como mobiliario, pues, no tenía mobiliario.

Discursos en toda forma y galantísimos hacia México y su Gobierno.

Entre dos arengas, quise ilustrar mi ignorancia y que me dijeran por qué Chinandega es histórica.

—Porque aquí se firmó uno de tantos pactos de concordia centroamericana, roto al poco tiempo; y aquí celebró sus sesiones un congreso importante.

Al cabo de prolongada estancia y con mayor número de personas dentro del tren—la banda inclusive—continuamos viaje hasta León, donde nos esperaba el almuerzo.

León, la metrópli nicaragüense.

También en procesión, pero esta vez por calles de veras y dentro de una ciudad en forma, caminamos bastante. Mostráronme los principales edificios, descollando la Iglesia Catedral. Narráronme la vieja historia de odio que de tiempo inmemorial convirtió en rivales á León y Granada, porque ambas disputábanse la preferencia de ser la capital de la República. De esa disputa nació Managua, capital actual, que, anúncianme, apenas si puede denominarse ciudad, pues lleva muy pocos años de inaugurada y aunque se halla en plena formación, ella es más lenta de lo que quisieran los buenos deseos de sus hijos.

Después de copioso almuerzo, que nos cayó, dígolo por mí, como maná preciadísimo, embarqué de nuevo con mi gran comitiva, que tenía resuelto acompañarme hasta las orillas del lago.

De improviso, el lago de Managua, con el Momotombo enhiesto y humeante en su centro. El Momotombo es un volcán que Víctor Hugo hizo célebre citándolo en sus «Cuatro Vientos del Espíritu;» mis acompañantes apresuráronse á mencionarme el hecho.

—¡Ahí tiene usted á nuestro Momotombo, el cantado por Víctor Hugo! . . .

¡Qué bellos son, en efecto, el volcán y el lago, así no los hubiese cantado Víctor Hugo ni nadie! Son por sí mismos un canto.

Mientras más avanzábamos, más desnudábase el lago y más me enamoraba. Para no perder detalle, no me aparté del ventanillo y más me recreé á cada paso, á cada línea. Esa contemplación me indemnizó de moles-

tias y calores, y cual siempre acontéceme con espectáculos de esa talla, mi admiración, para no menoscabarse, cerró mis labios.

Hasta el vaporcito no me dejaron mis acompañantes de la larga caminata; á bordo, descorchamos juntos las primeras cervezas heladas.

El vapor tocó su campana, mis acompañantes despidiéronse, luego se agruparon en el muelle, descubiertos, agitando sus pañuelos afectuosamente. Yo en la borda, asistido de Meneses, hice otro tanto, y el vaporcito, después de desamarrado, viró todo tembloroso, cual si el volcán lo asustara, se salpicó de espuma, y á lo último, jadeante y trémulo, echó á caminar, con sus émbolos funcionando de prisa, como personas ocupadas que no quieren desperdiciar las horas.

Mansamente, nos separamos del muelle cuando principiaba á atardecer.

Meneses y yo, hablándonos apenas, realizamos la poética travesía sentados lado á lado en sendos bancos de lona, y de cara al volcán, cuya mole enorme destacábase y se divisaba desde cualquier punto de la embarcación.

Sin embargo, al doblar un cabo y descubrirse Managua, materialmente recostada sobre las ondas, el Momotombo disminuyó, hasta que en una curva que pasó inadvertida—así era de suave,—perdí de vista al monstruo, que se hundió mágicamente, como si se suicidara en el lago.

Ya era noche cerrada; el vaporcito multiplicaba ja-

deos y temblores, y comenzó á saltar al punto de derribar mareados á casi todos los pasajeros.

Allá, en la cinta enana, semicircular y negra de la costa, principiaban á brillar luces aisladas, que se apagaban y encendían ni más ni menos que luciérnagas en los bosques.

Y del fondo del lago, de las muchas montañas que lo circundan, ó Dios sepa de dónde, soplabá un viento huracanado.

Aminoró el vapor sus andares y la tripulación dió comienzo á las maniobras que preceden á los anclajes: voces de mando, arriar de banderas, gruñir de cadenas. . .

La costa se precisó; no era una línea fantástica y lejana, ahora adivinábanse árboles y edificios; las luces, fijas ya, diríase que avanzaban rodeadas de prole numerosa que se desparramaba por calles, encrucijadas y vericuetos, manteniendo entre sí guiños de inteligencia correspondidos. . .

Como potro argentino corcoveó el vapor, tanto, que nos obligó á asirnos de su borda, á dos manos. No lo llamaba la vecindad de la tierra, ni que le hubieran acortado el paso, al contrario, saltaba y saltaba hasta que no lo sujetaron al muelle con gruesos cables halados por hombres de rostro invisible en las sombras del puerto pequeño.

Habíamos llegado y eran las ocho de la noche.

A saludarme en nombre del Gobierno, acercóse un ca-

ballero vestido de etiqueta y con acento marcadamente cubano.

—Hoy estamos de baile—díjome después de identificarse como Subsecretario de Relaciones y para justificar el traje de etiqueta,—y si el señor Ministro no se sintiera muy fatigado, también tenía el encargo de invitarlo, pues es baile en honor del señor Presidente. . .

¡Ni en honor del Pontífice bailo yo esta noche! Agradecí la invitación pero preferí la hostería, á la que nos dirigimos dentro de abierto *landeau* presidencial. Y durante el trayecto, conforme nos internábamos en Managua, ¡cómo se me encogió el corazón, Señor Dios!

Esto no merece el dictado de ciudad ¡que nó! Imaginen ustedes unos arenales en los que se hundan las ruedas y los caballos del coche; las aceras, tan altas, que en las esquinas—única parte accesible,—súbese á ellas por medio de tres ó cuatro gradas y en algunas por medio de cinco ó seis; los edificios, bajos, en lo general de madera, y muchos de cascote; los habitantes, tomando el fresco (con pergeños ligeros), en mecedoras de bejuco instaladas sobre la angosta acera, á la que llenan en su totalidad; á cada paso, chiquillos ventrudos y en cueros, sin más vestimenta que el impudor de sus pocos años; y gente adulta, varones y hembras de tez oscura; algunos ancianos completamente negros; porción de gente con la progenie india muy marcada; un calor sofocante; el conjunto mezquinamente iluminado y dominándolo todo, rumor inmenso y *sui generis* de miles y miles de insectos invisibles, entre los que se destaca el grillo con su característico silbido trémulo.

Cuando penetré en el hotel y me lo encontré más que aceptable, no creí en mi dicha.

—Es muy caro—advirtiéronme al entrar,—ajústese usted antes. . .

¡Qué ajuste ni qué carestía! Con que me ofrezcan cuarto medianamente cómodo, me consideraré por bienaventurado y no regatearé precios, á pesar de que por donde quiera se lee:

«Precios: cuartos de éste ó de aquél modo, tanto más cuanto, para los señores diplomáticos, *precios convencionales*.

¡Vivan las convenciones!

Ha habido cuartos para Meneses, para mí y para mi ayuda de cámara, mi excelente y fiel Joaquín que me acompaña por todas partes.

¡Ea! A lavarse y mudarse para comer, que hay hambre y la cocina no huele mal. . . Interrumpe mi ablución vocería inusitado, y Joaquín quédase con una camisa limpia suspendida de los brazos almidonados.

—¿Qué sucederá fuera, hombre?—le pregunté.

Oímos gritos, carreras, palos.

—¡Dale duro! ¡sácale la vuelta! . . . ¡ahí va! . . . ¡ahí va! . . . ¡que se escapa! . . .

—¿Será algún *ratero*? . . .

—¿Algún criminal prófugo? . . .

—Anda á averiguar, Joaquín!

Y entreabriendo las persianas giratorias de la puerta de mi cuarto, me asomé yo mismo.

—¿Qué pasa? . . .

—No es nada, señor—informáronme los criados son-

rientes y armados de varas flexibles,—es una *animala* que acabamos de matar. . .

—¿Una animala? . . .

Y ante su cadáver aprendí que aquí á las víboras se les dice *animalas*, y que los fámulos habían dado muerte á una de media vara, de especie venenosísima, que, por la semejanza con esta tela, les dicen *terciopelos*!

Como aperitivo, paréceme que éste no ha sido malejo, digo yo. . .

Pasé el resto de la noche en zozobra continua; comí mal; obligué á Meneses á que durmiera en mi propio cuarto, echado sobre un catre de tijera, y á que me narrara toda su historia, desde su infancia. . .

No apagué la vela, ni dormí tampoco. La entera noche no cesó el rumor caótico de los insectos invisibles. Sólo al clarear el nuevo día me adormecí.

2 DE FEBRERO.—Previa minuciosa busca llevada á cabo por Joaquín, de rincones, piso, ropa y arteza, trasladóme á mi baño matinal, cuya estancia me resultó con techo de paja. . . De regreso á mi habitación, nuevo registro que habrá de hacerse á diario, en la ropa, el calzado, etc., trátase de evitar con él la sorpresa de algún bicho. Vestido ya, me refugié en el jardín del hotel y trabé relaciones con el dueño y su familia, cuya nacionalidad me explica por qué el albergo es tan aceptable. Su propietario, un señor Lupone, fué varios años *maitre d'hotel* en buenos *restaurants* de París y Londres; en este último lugar casó con londinense, y la pareja se vino á América en busca de una fortuna que ya encontraron en Nicaragua.